

¡Otra vez denunciados!

La embajada del fiscal nos ha visitado otra vez para manifestarnos que el número último ha sido denunciado. Esta vez el fiscal, para demostrar su cariño a TIERRA Y LIBERTAD, se ha desentendido de razones y nos ha dado un palo, al denunciar unas romanonesadas de la sección denominada «Razones y Palos».

LA VELADA DEL CENTRO OBRERO

Importantísima y sumamente agradable resultó la velada que organizada por el Ateneo Sindicalista y el grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD se celebró la noche del día 30 del pasado, como recuerdo a la memoria del inolvidable compañero Anselmo Lorenzo.

De acuerdo al maestro y de fecunda propaganda fué la velada, que estuvo amenizada por un notable terceto musical. Se leyeron trabajos y poesías alusivos al acto uno y exclusivamente de propaganda otros, terminando la velada con el vibrante himno «Hijos del pueblo», magistralmente interpretado por el coro y coreado por el público.

De los trabajos leídos, publicamos a continuación el del compañero Usón (Juanon), cuya iniciativa final queda para que la recojan los grupos, Ateneos sindicalistas y cuantos se interesen por honrar dignamente la memoria de Anselmo Lorenzo.

Cuatro palabras

No traté íntimamente a Anselmo Lorenzo, y aunque mi amistad con él hombre que hoy recordamos hubiera tocado los confines de la fraternidad, no sería yo quien encomiara las excelentes cualidades que como hombre y como anarquista poseía el abuelo.

El elogio, aun siendo sincero, parecería inapropiado por la amistad, a por el privilegio de que me tocaran de rechazo las alabanzas dirigidas al amigo. «Dime con quien andas y te diré quien eres», dice el refrán; y si después de afirmar que he andado con Lorenzo, le dedicara los más flamantes adjetivos, me he exagerados dítirambos, los maliciosos podrían creer que trato de hacer bueno el refrán; esto es, que siendo bueno, consecuente, bondadoso y culto el autor de El Proletariado Militante, pudieran, digo, pensar los maliciosos que tengo la pretensión de poseer tan bellas cualidades por solo hecho de haber andado con quien las tenía.

He aquí, porque aun habiendo sido de los íntimos de Lorenzo, no me atrevería a ser su panegirista; se me puede objetar, que si no del amigo, puedo hablar del compañero, pero esto es un hecho: yo también en esto caso tendría a mi entera disposición algo de inoportunas mis alabanzas y mis elogios. Convertirse en pregonero de la obra que Anselmo Lorenzo realizó en su larga vida de propaganda de las ideas emancipadoras, sería pueril en estos momentos; así como el desearlo, como a los maliciosos les parecería, sería pueril en estos tiempos y en estos momentos y en estos libros, que ensalzan más elocuentemente que yo pudiera hacerlo la labor del viejo propagandista; nuestra misión, pues, debe reducirse simplemente a la difusión de sus escritos entre la juventud que llega y entre los que sin ser jóvenes forman todavía en las filas de aquella masa política tan fustigada por el maestro; no basta que nosotros, los de la familia, como si dijéramos, sepamos el valor y el alcance de sus numerosos trabajos sociológicos. Es necesario mostrárselos a las multitudes y decirlas.

—Esta es la obra del abuelo; ¡leal! Creo que es este el mejor elogio, el mayor homenaje y la más grande alabanza que un anarquista debe ofrecer a sus maestros. Hayatós contribuido a la difusión de las ideas emancipadoras, materialmente, debemos programar la lectura de las obras de los primeros, y hacer un mesurado elogio de los segundos, a fin de que los que nos desconocen o nos conocen mal, puedan formar juicio exacto de la mentalidad, ética y actuación social de los anarquistas.

Y esta propaganda, esta presentación, y pase la frase, de nuestros muertos a las muchedumbres, podemos realizarla a todas las horas y en cualquier lugar, y hasta en las cárceles, donde los primeros forman todavía en las filas de aquella masa política tan fustigada por el maestro; no basta que nosotros, los de la familia, como si dijéramos, sepamos el valor y el alcance de sus numerosos trabajos sociológicos. Es necesario mostrárselos a las multitudes y decirlas.

—Esta es la obra del abuelo; ¡leal! Creo que es este el mejor elogio, el mayor homenaje y la más grande alabanza que un anarquista debe ofrecer a sus maestros. Hayatós contribuido a la difusión de las ideas emancipadoras, materialmente, debemos programar la lectura de las obras de los primeros, y hacer un mesurado elogio de los segundos, a fin de que los que nos desconocen o nos conocen mal, puedan formar juicio exacto de la mentalidad, ética y actuación social de los anarquistas.

Y esta propaganda, esta presentación, y pase la frase, de nuestros muertos a las muchedumbres, podemos realizarla a todas las horas y en cualquier lugar, y hasta en las cárceles, donde los primeros forman todavía en las filas de aquella masa política tan fustigada por el maestro; no basta que nosotros, los de la familia, como si dijéramos, sepamos el valor y el alcance de sus numerosos trabajos sociológicos. Es necesario mostrárselos a las multitudes y decirlas.

Reparto a los presos

Habíamos comenzado a hacer el reparto a los presos, entregando 15 pesetas a cada uno, pero como continuamos recibiendo algunas cantidades de importancia y en igualdad se ha de celebrar el día 14 un beneficio, cuya mitad será para presos por cuestiones sociales, hemos resuelto que el reparto sea de 20 pesetas a cada compañero preso o perseguido, abonando desde luego la diferencia a los que ya habian recibido 15 pesetas.

Ya era hora de que nos preocupáramos de las necesidades de nuestros compañeros presos, especialmente de los que ya están en presidio, que siempre han sido los más olvidados.

La penadilla de los querrelados

El problema de la repoblación

Dicen que dividido el total de mujeres de un país de Europa, por el total respectivo de hombres, da un cociente de 7. Es decir, que por cada hombre quedan siete mujeres.

Yo—en verdad—no os garantizo la exactitud de dicho cociente, pero aceptándolo como hipotético solamente, me valdré de él para hacer algunas consideraciones paradójicas.

Si antes de la guerra europea a cada hombre le pertenecian siete mujeres, después de la misma, con la incalculable exterminación de machos que se está realizando bajo su lúgubre amparo, ¿cuánto no va a crecer el mencionado cociente? Como el desdizo de carne masculina no ha terminado ni sabemos cuando llegará ese ansiado día, no podemos calcular, a priori, de una manera aproximada, el número de hembras de que cada superviviente podrá disponer. Por de pronto ya podemos augurar que será elevadísimo. Cada hombre podrá tener un Serrallo, si permitida fuera, legalmente, la poligamia. A esto voy yo; a que los gobiernos se van a ver constringidos a modificar, mejor dicho, a anular de sus religiones y de su ética, esa modalidad tan rígida: la monogamia. Para substituirle por aquella, vigente en las costumbres de los nahometanos, que tanto ha sido censurada y ridiculizada por los puritanos de la monogamia.

He nombrado la poligamia. ¡A ver cómo—si no es adaptando la poligamia—van a resolver el problema de la repoblación, en las naciones diezmadas por el flagelo humano! Porque con esto de que la vida se hace imposible para los pobres—y se hace constituyen la mayoría—y las teorías neo-malthusianas van arraigando en las filas proletarias, la repoblación rápida, pasada la guerra, parece deber hacerse imposible. No obstante el haber creado primas en metálico por cada niño nacido durante la erupción del volcán «anglo-franco-ruso-austro-alemán», y el haber decretado ciertos privilegios para los jóvenes padres de cinco o más hijos, las esposas plétores de virilidad, y los hijos que se van a parir, por ello, con más frecuencia. Y los gobiernos se desgranan al pensar que pronto no hallarán ya tanta carne para arrojar en la boca del horno, ni tantos brazos con que activar el rendimiento de sus bienes, haciendas, capitales e industrias, cuando la normalidad —¡triste... espantosa normalidad!— haya renacido.

Todo se ha puesto en práctica. Los procedimientos más absurdos, más descabellados, se han propuesto y no pocas veces adoptado. Se ha autorizado el casamiento por separado: el joven hallándose en las trincheras y la muchacha el hogar, a veces a mil kilómetros de distancia. Se han escrito montones de artículos y libros ensalzando la unión libre, la procreación «ad libitum», la fusión de nacionalidades, de religiones y razas, por medio del casamiento, etc., etc.

Se propuso, en el parlamento francés—no recuerdo quien fué el exagerado proponente—que se obligara a los padres de familia a tener tantos hijos como sus medios financieros le permitieran, lo cual llenaría pronto la tierra

de ricos y terminaría con los hijos de la grey «idigo yo... No faltó quien reconviniendo a la estupidez de los políticos, exclamó con mercedosa ironía: «¡La igualdad impuesta por los de arriba! Por muchas vueltas que le den a la noria los legisladores, moralistas y pastores de toda calaña, tendrán que convenir que no hay otra panacea más eficaz que la consagración de la poligamia legal, como nueva modalidad en la ética europea (cristiana, francmasona y atea). Pero como en nada cambiará la situación de los obreros y la mujer indudablemente continuará alejada del trabajo lo suficientemente remunerado para bastarse a sí misma, deduzco, en resumen, que los trabajadores no podremos mantener más que una mujer escasamente, y que los detentadores de las riquezas sociales se van a quedar con un contingente de hembras, que variará con la fortuna de cada uno de ellos. ¡La revancha, amigos, la revancha no más cornudos entre los pobres. Entonces, seremos nosotros, los que seduciremos a las favoritas y exhorvitas de los serrallos burgueses. ¡Menos mal, si la guerra nos dejaba la posibilidad de vengarnos sobre nuestros explotadores engañándonos a diario... Porque, ¡a ver cómo haría, por ejemplo, Roschild, para satisfacer el deseo fisiológico-sexual de mil mujeres! ¿Y Poincaré?... ¿Y el Kaiser?... ¿Y el Zar?... ¿Y miles y miles de otros potentados... ¡Impotentes? ¡Yamos, que tengo unas ganas de robar los exteiores de los serrallos plutócratas! Ya está, yo estoy haciendo un madrigal para alguna de las sultanas libres... ¡Y que conste que no soy eunuco, ¿eh?». F. BARTHE

Razones y Palos

representa. Sin embargo no son siempre la grey «idigo yo... No faltó quien reconviniendo a la estupidez de los políticos, exclamó con mercedosa ironía: «¡La igualdad impuesta por los de arriba! Por muchas vueltas que le den a la noria los legisladores, moralistas y pastores de toda calaña, tendrán que convenir que no hay otra panacea más eficaz que la consagración de la poligamia legal, como nueva modalidad en la ética europea (cristiana, francmasona y atea). Pero como en nada cambiará la situación de los obreros y la mujer indudablemente continuará alejada del trabajo lo suficientemente remunerado para bastarse a sí misma, deduzco, en resumen, que los trabajadores no podremos mantener más que una mujer escasamente, y que los detentadores de las riquezas sociales se van a quedar con un contingente de hembras, que variará con la fortuna de cada uno de ellos. ¡La revancha, amigos, la revancha no más cornudos entre los pobres. Entonces, seremos nosotros, los que seduciremos a las favoritas y exhorvitas de los serrallos burgueses. ¡Menos mal, si la guerra nos dejaba la posibilidad de vengarnos sobre nuestros explotadores engañándonos a diario... Porque, ¡a ver cómo haría, por ejemplo, Roschild, para satisfacer el deseo fisiológico-sexual de mil mujeres! ¿Y Poincaré?... ¿Y el Kaiser?... ¿Y el Zar?... ¿Y miles y miles de otros potentados... ¡Impotentes? ¡Yamos, que tengo unas ganas de robar los exteiores de los serrallos plutócratas! Ya está, yo estoy haciendo un madrigal para alguna de las sultanas libres... ¡Y que conste que no soy eunuco, ¿eh?». F. BARTHE

Legado imperial

Ha muerto el emperador Francisco José, y, como siempre en estos casos, tanto si la muerte es natural como si es el resultado del tirano era coronado como sin coronar, ha resultado, al decir de la prensa lacayuna, el hombre más bueno e inofensivo del mundo, por lo que se habrá ido directamente al cielo dispensándose de la necesidad de entrar en el exterior, todo ello gratis ed amore y sin necesidad de trabajar.

«¡Cuántos infelices andan por ahí que, poco después de ser puestos en libertad sienten la nostalgia de la cárcel! ¿Cómo será la actual situación social cuando para muchos hombres libres la cárcel es un alivio, un positivo bienestar del que carecen fuera de ella! Y que esto que digo no son exageraciones, lo prueba el siguiente hecho, que es uno de tantos como se dan en todos los países del mundo civilizado. Corto y pego del Herald de Madrid: «Un pobre hambriento rompió ayer la luna de un escaparate y esperó frente a los cristales rotos la presencia de los guardias. Estos lo condujeron a la Prevención, y luego al Juzgado, y después, a la Cárcel. Y el desvaldado obrero, sin pan y sin trabajo, murmuraba camino de la Prisión celular: «¡Oh, país misericordioso! Por romper una luna, comida por la mañana y por la tarde, en vez del hambre a todas horas; cama con mantas y jergón, en vez de las losas del suelo, y un cuarto para mi solo, ¿qué me cuesta ser prisionero?». MONTÉGUALDO

EN LA HORA TRÁGICA

Refiriéndose al presente monstruoso conflicto, muchas veces oímos preguntar: ¿En qué mundo vivimos? ¿Dónde irá a parar todo esto? Interrogando a la historia, mirando al pasado, seguramente se podrán deducir conclusiones, no lejos de la verdad.

Revolucionario ante todo, examinaré la Revolución Francesa, uno de los hechos más grandes que registra la historia, pero sin detenerme en lo que ella vagamente bosquejó, sino en aquello que ha llegado a realizar relativamente: la independencia de las naciones, el sistema representativo, el sufragio universal, la libertad de la propiedad, la libertad del comercio, la igualdad jurídica, la libertad de asociación, etc., etc.

Tenemos que la burguesía ha cumplido su ciclo histórico, y de esto se puede sacar algunas consideraciones. Mientas ella intentaba luchar contra la reacción, que buscaba volver al antiguo régimen, y victoriosamente realizaba el programa que le fué trazado por la revolución, nuevas aspiraciones agitaban a los hombres de vanguardia en estos últimos cincuenta años.

Estos campeones, estos agitadores, tienen mucha analogía con aquellos que precedieron a la gran Revolución. Marx, Stirner, Proudhon, y Bakounine, los Voltaires, Danlos, Spencer, los Rousseaues, Flammarion, Combes, los Piesoles, etc. Hasta entre los reformistas existen analogías, y en esto me detendré un poco más, para demostrar como en los períodos revolucionarios quedan ellos fuera de lugar, y como nuevos Casandras, nadie les escucha.

Norman Engell es el Turgot de la época presente. Norman Engell, en su libro «La grande ilusión», sostiene con elocuente fervor sus teorías pacifocoburguesas, y precisamente hace algunas semanas ha sido condenado a diez y ocho meses de trabajos forzados por tales propagandas. Además, se ha negado que sea el suyo un caso de conciencia, aunque numerosos periodistas y personalidades hayan puesto en su favor; a gloria viente de la literatura inglesa le haya demostrado su estimación, y a pesar de que toda su vida es un continuo apostolado en favor de la paz. Sus ideas, muy claramente expuestas

en vez del espacio libre... «¡Hay quien dé más o menos costar!». He aquí, pues, la existencia de cárceles y presidios son la mayor condenación del actual orden de cosas; un orden, que, para mantenerse, necesita del desorden, mediante la fuerza de la autoridad, armada hasta los dientes con armas y aparatos homicidas, se hubiera puesto, resuelto, y sinceramente, en la vía de la constitución y las reformas.

«Por qué Luis XVI, Turgot y otros centenares de buena voluntad no llegaron, a su pesar, a introducir en Francia las nuevas reformas? ¿Por qué la misma suerte ha tocado a Norman Engell y a los socialistas legalitarios? Porque los gobiernos no dominan con la lógica y la razón: salidos de un sacudimiento revolucionario, con un programa preciso que tiende a defender con la fuerza los privilegios de la casta conquistadora, ésta permanece conservadora de sus dominios y sólo la fuerza puede apoderarse de los privilegios. Cada forma de sociedad contiene en embrión otra más elevada y perfecta; si cristalizan en la forma que les ha llevado al poder, no comprenden los tiempos nuevos y se les oponen con los medios de su disposición.

«El último gran sacudimiento verificado antes de la revolución francesa, fue bajo Luis XIV, que separó a la nobleza de sus feudos y la hizo válida en la corte, concentrando todos los poderes en manos del rey por medio de sus intendentes, sus cobradores de gabelas, sus jueces de paz, etc., echando así las bases del Estado moderno.

«La nobleza, fascinada por el brillo de la corte, desatendió toda ingenuidad de los negocios públicos y privados, dedicada a prostrar ante el rey de Francia, ocupada en los nobles oficios de portabastones, camareros de su majestad, y bota-orinales, oficios que tenían el mérito de dar altas prebendas.

«De este modo la burguesía se habituaba, se preparaba a regir la cosa pública, cubriendo los empleos gubernativos, ejercitando las profesiones liberales, y con el comercio, apoderándose de buena parte de la riqueza de los nobles.

«Así la burguesía, internacionalizando los capitales y las industrias, hace dañosos e inútiles las barreras nacionales; desarrollando la gran industria, las sociedades anónimas, donde la personalidad del propietario desaparece para ceder puesto a la de los técnicos, donde los obreros son aglomerados en talleres, teniendo modo de concerse y solidarizar entre ellos, labora, sin saberlo y sin desearlo, por una nueva forma social.

«Los obreros diariamente constatan la inutilidad del patrono; muchos de ellos, iamás lo han visto, y así se van formando el concepto de que ellos podrían muy bien trabajar sin amo, puesto que nadie mejor que ellos para escoger el más apto en cumplir las labores de mayor responsabilidad.

«Abolidos los patronos y las fronteras, nace de sí la idea de que el gobierno y la burocracia que en él se anida son inútiles y dañosos. Así hechos y cosas evolucionan; pero no evolucionan así las clases dominantes.

«Hemos llegado, como he demostrado, al término de una preparación. ¿Estamos nosotros a la altura de la hora trágica? ¿Somos capaces de cumplir la misión que la Historia nos ha señalado y se proceda por todos a una progresiva disminución.

«Del mismo modo que el agua corriendo al mar por el cauce de un río, y encuentra obstáculos se encrespa inundando y devastando las campañas rozagantes de mieses maduras, y todo lo envuelve en su fuerza ciega, así nosotros, si no estamos a la altura que las circunstancias nos imponen; si no sabemos remover los obstáculos que se opongan al desenvolvimiento de los sucesos, veremos como éstos toman una falsa vía, y la sociedad se encaminará hacia el despotismo militar, hacia la barbarie.

«Vemos a Roma, señora del mundo, precipitarse, a través de las continuas guerras, hacia el despotismo militar, a la decadencia irremediable.

«La Roma de Lucrecio no sabe comprender el cristianismo, ideal de fraternidad, de amor y tolerancia; lo persigue con medios atroces, y cuando lo acepta, está de tal modo transformado, que se practica con el «juicio de Dios» la terrible prueba del fuego y el agua, a lo cual venían sometidos los presuntos culpables.

«El renacimiento pagano fue también sepultado por las continuas luchas de los soldados de ventura, que ya por cuenta propia, ya a servicio de los señores, destruyeron esta última reliquia de Italia con las guerras y el despotismo y sus golpes de Estado nos preparan al dominio extranjero, matan las artes, las ciencias, el culto a lo bello.

«No se comprende la reforma de Lutero, y a ella se contraponen la Inquisición. Y en la tierra de Dante, de Leonardo y Miguel Angel, hemos asistido,

bre la revolución francesa, y todos, desde el más fogoso Jacobino hasta el realista más reaccionario, os demostrarán con hechos detallados que, hasta poco antes de subir al patibulo, Luis XVI habría podido salvar su persona y la nobleza de la corte y a los traditores de Colonna, se hubiera puesto, resuelto, y sinceramente, en la vía de la constitución y las reformas.

«Por qué Luis XVI, Turgot y otros centenares de buena voluntad no llegaron, a su pesar, a introducir en Francia las nuevas reformas? ¿Por qué la misma suerte ha tocado a Norman Engell y a los socialistas legalitarios? Porque los gobiernos no dominan con la lógica y la razón: salidos de un sacudimiento revolucionario, con un programa preciso que tiende a defender con la fuerza los privilegios de la casta conquistadora, ésta permanece conservadora de sus dominios y sólo la fuerza puede apoderarse de los privilegios. Cada forma de sociedad contiene en embrión otra más elevada y perfecta; si cristalizan en la forma que les ha llevado al poder, no comprenden los tiempos nuevos y se les oponen con los medios de su disposición.

«El último gran sacudimiento verificado antes de la revolución francesa, fue bajo Luis XIV, que separó a la nobleza de sus feudos y la hizo válida en la corte, concentrando todos los poderes en manos del rey por medio de sus intendentes, sus cobradores de gabelas, sus jueces de paz, etc., echando así las bases del Estado moderno.

«La nobleza, fascinada por el brillo de la corte, desatendió toda ingenuidad de los negocios públicos y privados, dedicada a prostrar ante el rey de Francia, ocupada en los nobles oficios de portabastones, camareros de su majestad, y bota-orinales, oficios que tenían el mérito de dar altas prebendas.

«De este modo la burguesía se habituaba, se preparaba a regir la cosa pública, cubriendo los empleos gubernativos, ejercitando las profesiones liberales, y con el comercio, apoderándose de buena parte de la riqueza de los nobles.

«Así la burguesía, internacionalizando los capitales y las industrias, hace dañosos e inútiles las barreras nacionales; desarrollando la gran industria, las sociedades anónimas, donde la personalidad del propietario desaparece para ceder puesto a la de los técnicos, donde los obreros son aglomerados en talleres, teniendo modo de concerse y solidarizar entre ellos, labora, sin saberlo y sin desearlo, por una nueva forma social.

«Los obreros diariamente constatan la inutilidad del patrono; muchos de ellos, iamás lo han visto, y así se van formando el concepto de que ellos podrían muy bien trabajar sin amo, puesto que nadie mejor que ellos para escoger el más apto en cumplir las labores de mayor responsabilidad.

«Abolidos los patronos y las fronteras, nace de sí la idea de que el gobierno y la burocracia que en él se anida son inútiles y dañosos. Así hechos y cosas evolucionan; pero no evolucionan así las clases dominantes.

«Hemos llegado, como he demostrado, al término de una preparación. ¿Estamos nosotros a la altura de la hora trágica? ¿Somos capaces de cumplir la misión que la Historia nos ha señalado y se proceda por todos a una progresiva disminución.

«Del mismo modo que el agua corriendo al mar por el cauce de un río, y encuentra obstáculos se encrespa inundando y devastando las campañas rozagantes de mieses maduras, y todo lo envuelve en su fuerza ciega, así nosotros, si no estamos a la altura que las circunstancias nos imponen; si no sabemos remover los obstáculos que se opongan al desenvolvimiento de los sucesos, veremos como éstos toman una falsa vía, y la sociedad se encaminará hacia el despotismo militar, hacia la barbarie.

«Vemos a Roma, señora del mundo, precipitarse, a través de las continuas guerras, hacia el despotismo militar, a la decadencia irremediable.

«La Roma de Lucrecio no sabe comprender el cristianismo, ideal de fraternidad, de amor y tolerancia; lo persigue con medios atroces, y cuando lo acepta, está de tal modo transformado, que se practica con el «juicio de Dios» la terrible prueba del fuego y el agua, a lo cual venían sometidos los presuntos culpables.

«El renacimiento pagano fue también sepultado por las continuas luchas de los soldados de ventura, que ya por cuenta propia, ya a servicio de los señores, destruyeron esta última reliquia de Italia con las guerras y el despotismo y sus golpes de Estado nos preparan al dominio extranjero, matan las artes, las ciencias, el culto a lo bello.

«No se comprende la reforma de Lutero, y a ella se contraponen la Inquisición. Y en la tierra de Dante, de Leonardo y Miguel Angel, hemos asistido,

bre la revolución francesa, y todos, desde el más fogoso Jacobino hasta el realista más reaccionario, os demostrarán con hechos detallados que, hasta poco antes de subir al patibulo, Luis XVI habría podido salvar su persona y la nobleza de la corte y a los traditores de Colonna, se hubiera puesto, resuelto, y sinceramente, en la vía de la constitución y las reformas.

«Por qué Luis XVI, Turgot y otros centenares de buena voluntad no llegaron, a su pesar, a introducir en Francia las nuevas reformas? ¿Por qué la misma suerte ha tocado a Norman Engell y a los socialistas legalitarios? Porque los gobiernos no dominan con la lógica y la razón: salidos de un sacudimiento revolucionario, con un programa preciso que tiende a defender con la fuerza los privilegios de la casta conquistadora, ésta permanece conservadora de sus dominios y sólo la fuerza puede apoderarse de los privilegios. Cada forma de sociedad contiene en embrión otra más elevada y perfecta; si cristalizan en la forma que les ha llevado al poder, no comprenden los tiempos nuevos y se les oponen con los medios de su disposición.

«El último gran sacudimiento verificado antes de la revolución francesa, fue bajo Luis XIV, que separó a la nobleza de sus feudos y la hizo válida en la corte, concentrando todos los poderes en manos del rey por medio de sus intendentes, sus cobradores de gabelas, sus jueces de paz, etc., echando así las bases del Estado moderno.

«La nobleza, fascinada por el brillo de la corte, desatendió toda ingenuidad de los negocios públicos y privados, dedicada a prostrar ante el rey de Francia, ocupada en los nobles oficios de portabastones, camareros de su majestad, y bota-orinales, oficios que tenían el mérito de dar altas prebendas.

«De este modo la burguesía se habituaba, se preparaba a regir la cosa pública, cubriendo los empleos gubernativos, ejercitando las profesiones liberales, y con el comercio, apoderándose de buena parte de la riqueza de los nobles.

«Así la burguesía, internacionalizando los capitales y las industrias, hace dañosos e inútiles las barreras nacionales; desarrollando la gran industria, las sociedades anónimas, donde la personalidad del propietario desaparece para ceder puesto a la de los técnicos, donde los obreros son aglomerados en talleres, teniendo modo de concerse y solidarizar entre ellos, labora, sin saberlo y sin desearlo, por una nueva forma social.

«Los obreros diariamente constatan la inutilidad del patrono; muchos de ellos, iamás lo han visto, y así se van formando el concepto de que ellos podrían muy bien trabajar sin amo, puesto que nadie mejor que ellos para escoger el más apto en cumplir las labores de mayor responsabilidad.

«Abolidos los patronos y las fronteras, nace de sí la idea de que el gobierno y la burocracia que en él se anida son inútiles y dañosos. Así hechos y cosas evolucionan; pero no evolucionan así las clases dominantes.

«De este modo la burguesía se habituaba, se preparaba a regir la cosa pública, cubriendo los empleos gubernativos, ejercitando las profesiones liberales, y con el comercio, apoderándose de buena parte de la riqueza de los nobles.

«Así la burguesía, internacionalizando los capitales y las industrias, hace dañosos e inútiles las barreras nacionales; desarrollando la gran industria, las sociedades anónimas, donde la personalidad del propietario desaparece para ceder puesto a la de los técnicos, donde los obreros son aglomerados en talleres, teniendo modo de concerse y solidarizar entre ellos, labora, sin saberlo y sin desearlo, por una nueva forma social.

«Los obreros diariamente constatan la inutilidad del patrono; muchos de ellos, iamás lo han visto, y así se van formando el concepto de que ellos podrían muy bien trabajar sin amo, puesto que nadie mejor que ellos para escoger el más apto en cumplir las labores de mayor responsabilidad.

«Abolidos los patronos y las fronteras, nace de sí la idea de que el gobierno y la burocracia que en él se anida son inútiles y dañosos. Así hechos y cosas evolucionan; pero no evolucionan así las clases dominantes.

«Hemos llegado, como he demostrado, al término de una preparación. ¿Estamos nosotros a la altura de la hora trágica? ¿Somos capaces de cumplir la misión que la Historia nos ha señalado y se proceda por todos a una progresiva disminución.

«Del mismo modo que el agua corriendo al mar por el cauce de un río, y encuentra obstáculos se encrespa inundando y devastando las campañas rozagantes de mieses maduras, y todo lo envuelve en su fuerza ciega, así nosotros, si no estamos a la altura que las circunstancias nos imponen; si no sabemos remover los obstáculos que se opongan al desenvolvimiento de los sucesos, veremos como éstos toman una falsa vía, y la sociedad se encaminará hacia el despotismo militar, hacia la barbarie.

«Vemos a Roma, señora del mundo, precipitarse, a través de las continuas guerras, hacia el despotismo militar, a la decadencia irremediable.

«La Roma de Lucrecio no sabe comprender el cristianismo, ideal de fraternidad, de amor y tolerancia; lo persigue con medios atroces, y cuando lo acepta, está de tal modo transformado, que se practica con el «juicio de Dios» la terrible prueba del fuego y el agua, a lo cual venían sometidos los presuntos culpables.

«El renacimiento pagano fue también sepultado por las continuas luchas de los soldados de ventura, que ya por cuenta propia, ya a servicio de los señores, destruyeron esta última reliquia de Italia con las guerras y el despotismo y sus golpes de Estado nos preparan al dominio extranjero, matan las artes, las ciencias, el culto a lo bello.

«No se comprende la reforma de Lutero, y a ella se contraponen la Inquisición. Y en la tierra de Dante, de Leonardo y Miguel Angel, hemos asistido,

bre la revolución francesa, y todos, desde el más fogoso Jacobino hasta el realista más reaccionario, os demostrarán con hechos detallados que, hasta poco antes de subir al patibulo, Luis XVI habría podido salvar su persona y la nobleza de la corte y a los traditores de Colonna, se hubiera puesto, resuelto, y sinceramente, en la vía de la constitución y las reformas.

«Por qué Luis XVI, Turgot y otros centenares de buena voluntad no llegaron, a su pesar, a introducir en Francia las nuevas reformas? ¿Por qué la misma suerte ha tocado a Norman Engell y a los socialistas legalitarios? Porque los gobiernos no dominan con la lógica y la razón: salidos de un sacudimiento revolucionario, con un programa preciso que tiende a defender con la fuerza los privilegios de la casta conquistadora, ésta permanece conservadora de sus dominios y sólo la fuerza puede apoderarse de los privilegios. Cada forma de sociedad contiene en embrión otra más elevada y perfecta; si cristalizan en la forma que les ha llevado al poder, no comprenden los tiempos nuevos y se les oponen con los medios de su disposición.

«El último gran sacudimiento verificado antes de la revolución francesa, fue bajo Luis XIV, que separó a la nobleza de sus feudos y la hizo válida en la corte, concentrando todos los poderes en manos del rey por medio de sus intendentes, sus cobradores de gabelas, sus jueces de paz, etc., echando así las bases del Estado moderno.

«La nobleza, fascinada por el brillo de la corte, desatendió toda ingenuidad de los negocios públicos y privados, dedicada a prostrar ante el rey de Francia, ocupada en los nobles oficios de portabastones, camareros de su majestad, y bota-orinales, oficios que tenían el mérito de dar altas prebendas.

«De este modo la burguesía se habituaba, se preparaba a regir la cosa pública, cubriendo los empleos gubernativos, ejercitando las profesiones liberales, y con el comercio, apoderándose de buena parte de la riqueza de los nobles.

«Así la burguesía, internacionalizando los capitales y las industrias, hace dañosos e inútiles las barreras nacionales; desarrollando la gran industria, las sociedades anónimas, donde la personalidad del propietario desaparece para ceder puesto a la de los técnicos, donde los obreros son aglomerados en talleres, teniendo modo de concerse y solidarizar entre ellos, labora, sin saberlo y sin desearlo, por una nueva forma social.

«Los obreros diariamente constatan la inutilidad del patrono; muchos de ellos, iamás lo han visto, y así se van formando el concepto de que ellos podrían muy bien trabajar sin amo, puesto que nadie mejor que ellos para escoger el más apto en cumplir las labores de mayor responsabilidad.

«Abolidos los patronos y las fronteras, nace de sí la idea de que el gobierno y la burocracia que en él se anida son inútiles y dañosos. Así hechos y cosas evolucionan; pero no evolucionan así las clases dominantes.

«De este modo la burguesía se habituaba, se preparaba a regir la cosa pública, cubriendo los empleos gubernativos, ejercitando las profesiones liberales, y con el comercio, apoderándose de buena parte de la riqueza de los nobles.

«Así la burguesía, internacionalizando los capitales y las industrias, hace dañosos e inútiles las barreras nacionales; desarrollando la gran industria, las sociedades anónimas, donde la personalidad del propietario desaparece para ceder puesto a la de los técnicos, donde los obreros son aglomerados en talleres, teniendo modo de concerse y solidarizar entre ellos, labora, sin saberlo y sin desearlo, por una nueva forma social.

«Los obreros diariamente constatan la inutilidad del patrono; muchos de ellos, iamás lo han visto, y así se van formando el concepto de que ellos podrían muy bien trabajar sin amo, puesto que nadie mejor que ellos para escoger el más apto en cumplir las labores de mayor responsabilidad.

«Abolidos los patronos y las fronteras, nace de sí la idea de que el gobierno y la burocracia que en él se anida son inútiles y dañosos. Así hechos y cosas evolucionan; pero no evolucionan así las clases dominantes.

«Hemos llegado, como he demostrado, al término de una preparación. ¿Estamos nosotros a la altura de la hora trágica? ¿Somos capaces de cumplir la misión que la Historia nos ha señalado y se proceda por todos a una progresiva disminución.

«Del mismo modo que el agua corriendo al mar por el cauce de un río, y encuentra obstáculos se encrespa inundando y devastando las campañas rozagantes de mieses maduras, y todo lo envuelve en su fuerza ciega, así nosotros, si no estamos a la altura que las circunstancias nos imponen; si no sabemos remover los obstáculos que se opongan al desenvolvimiento de los sucesos, veremos como éstos toman una falsa vía, y la sociedad se encaminará hacia el despotismo militar, hacia la barbarie.

«Vemos a Roma, señora del mundo, precipitarse, a través de las continuas guerras, hacia el despotismo militar, a la decadencia irremediable.

«La Roma de Lucrecio no sabe comprender el cristianismo, ideal de fraternidad, de amor y tolerancia; lo persigue con medios atroces, y cuando lo acepta, está de tal modo transformado, que se practica con el «juicio de Dios» la terrible prueba del fuego y el agua, a lo cual venían sometidos los presuntos culpables.

«El renacimiento pagano fue también sepultado por las continuas luchas de los soldados de ventura, que ya por cuenta propia, ya a servicio de los señores, destruyeron esta última reliquia de Italia con las guerras y el despotismo y sus golpes de Estado nos preparan al dominio extranjero, matan las artes, las ciencias, el culto a lo bello.

«No se comprende la reforma de Lutero, y a ella se contraponen la Inquisición. Y en la tierra de Dante, de Leonardo y Miguel Angel, hemos asistido,

bre la revolución francesa, y todos, desde el más fogoso Jacobino hasta el realista más reaccionario, os demostrarán con hechos detallados que, hasta poco antes de subir al patibulo, Luis XVI habría podido salvar su persona y la nobleza de la corte y a los traditores de Colonna, se hubiera puesto, resuelto, y sinceramente, en la vía de la constitución y las reformas.

«Por qué Luis XVI, Turgot y otros centenares de buena voluntad no llegaron, a su pesar, a introducir en Francia las nuevas reformas? ¿Por qué la misma suerte ha tocado a Norman Engell y a los socialistas legalitarios? Porque los gobiernos no dominan con la lógica y la razón: salidos de un sacudimiento revolucionario, con un programa preciso que tiende a defender con la fuerza los privilegios de la casta conquistadora, ésta permanece conservadora de sus dominios y sólo la fuerza puede apoderarse de los privilegios. Cada forma de sociedad contiene en embrión otra más elevada y